

Sobre el valor metódico de la historia de la metafísica

Francisco ROMERO

La primera actitud filosófica ha sido resueltamente metafísica. Los remotos pensadores de Jonia se entregaban a una osada averiguación ontológica conducida con callada y plena confianza en la capacidad de la razón. Si se dejan de lado las concepciones míticas del animismo y otras afines, la primera conducta cognoscitiva ante la realidad puede imaginarse, tal como hace más o menos N. Hartmann, como la admisión del mundo dado inmediatamente, mundo de cosas; afirmación tácita, por lo tanto, de que las cosas dadas y tal como son dadas constituyen la realidad. La superación de esta postura, y con ella el comienzo histórico de la filosofía occidental, sobreviene con la crítica de la experiencia a la luz de la razón, con la comprobación, que debió parecer en su ocasión sorprendente, de que la visión inmediata, directa de la realidad, por convincente que parezca a primera vista, no satisface apenas funciona el análisis racional, la crítica, la reflexión aguda sobre ella. Hay que hallar, pues, la realidad verdadera y sin reproche. Y a esta tarea se aplica la razón, sin sospechar durante mucho tiempo que ella también, como los sentidos, pueda tener leyes y exigencias propias, ajenas a la íntima estructura y comportamiento de la realidad. A la primitiva fe en los sentidos sucede una fe no menos dogmática en la razón.

La sólida fe en la razón de las primeras filosofías se quebranta o relativiza de maneras diferentes y en pasos distintos. Señalemos algunos de estos contratiempos de la creencia racionalista. Ya importa una atenuación considerable de la fe en la razón el hecho de que, aun aceptándola de antemano, se juzgue indispensable justificarla, fundamentarla: así ocurre, por ejemplo, en un racionalista tan convencido como Descartes. Más grave, desde luego, es

la impugnación escéptica, tan fina e ingeniosa en los griegos, maestros no superados en el uso del instrumento racional y que nos maravillan tanto cuando lo emplean dogmáticamente en figuraciones entitativas como al poner en descubierto sus límites, fallas e inconsecuencias. Frente al escepticismo antiguo, límpido y ágil, el moderno produce una impresión un poco penosa de pesadez y torpeza; pero no nos apresuremos a deducir de aquí un juicio comparativo desfavorable. Porque el escepticismo moderno, salvo en algunas de sus expresiones renacentistas, no se contenta con la faena destructora del antiguo, sino que se pone en seguida a la obra positiva de explicar y organizar filosóficamente el saber de experiencia; mientras que al escepticismo antiguo le interesaba ante todo el momento negativo y en él solía quedarse, el moderno se cambia en empirismo, progresa apareando a la tesis de la ineficacia metafísica de la razón una teoría afirmativa sobre el funcionamiento de la razón en el manejo, coordinación, sistematización etc., de los datos experienciales mediante operaciones relacionantes, inductivas, generalizadoras etc., plenamente racionales todas aunque se entienda que no van más allá del plano fenoménico. En grado diverso y con intenciones distintas, racionalismo y empirismo atribuyen gran papel a la razón; la discrepancia consiste en que mientras el racionalismo otorga a la razón el don de aprehenderlo en sí, el empirismo sienta que no puede ir más allá de forjar recapitulaciones y elaborar extractos de experiencias. El anotado carácter diferencial del escepticismo moderno respecto al antiguo, la positividad del empirismo contrapuesta a la negatividad del viejo escepticismo dialéctico, sugiere consideraciones acaso interesantes, que darán materia para otro artículo. Es nada menos que uno de los síntomas o consecuencias de la valoración del fenómeno, de la experiencia inmediata y aun de cualquier clase de experiencia, valoración cuyo incremento es uno de los rasgos del progreso en filosofía y de la sucesiva ampliación de la conciencia filosófica.

La metafísica comienza con la preocupación por encontrar una definición de la sustancia original en términos que satisfagan las demandas de la razón; nace con la comprobación de la inconsistencia del inmediato saber proporcionado por la experiencia común, ante la reflexión, ante el examen racional, y es natural por lo tanto que postule instancias sustanciales justificables ante el tribunal de la razón. Con Parménides, ha sido logrado uno de los más altos niveles alcanzables para la inteligencia humana. Pero en el seno de su misma concepción genial sufría ya el racionalismo, junto con lo

que fue probablemente su mayor triunfo, su gran derrota también. Porque esa perfecta intuición parmenidea de la realidad sustancial de ningún modo permite el tránsito al fenómeno, la derivación a partir de ella del orbe de la experiencia. Una metafísica incapaz de dar cuenta del fenómeno es una metafísica trunca o fracasada, porque el fenómeno es fenómeno de la realidad en sí, especial manifestación suya, y no un mundo autónomo. Una metafísica negligente en conectar de modo plausible la realidad en sí a la experiencial, que deje en el aire a esta última, corre seguramente el riesgo de necesitar otra metafísica supletoria que tome en consideración la naturaleza del fenómeno y la refiera a algo extraempírico. Cuando se descuida proponer un nexo legítimo entre ambos órdenes —y más, naturalmente, cuando la índole de la tesis metafísica impide hallar tal vínculo— queda entornada la puerta para que por ella se deslicen demiurgos y otros entes por el estilo, más propios de la imaginación oriental que del parco pensamiento de Occidente.

Al hilo de estas consideraciones es instructiva la confrontación de Parménides con Demócrito. Parménides negaba el movimiento, y su discípulo Zenón explicitó el punto de vista del maestro mediante argumentaciones polémicas que nunca han sido seriamente refutadas. Y en efecto, para un racionalismo tan extremoso como el parmenideo, el movimiento es inconcebible. Comparada con esta metafísica, producto de la *ratio* entregada a sí misma y desarrollando su juego sin cortapisa alguna, la de Demócrito es casi una claudicación. No sólo admite el movimiento, condenado sin remisión por el Eleatismo, sino que introduce la contradictoria noción de algo real pero indivisible. Y, sin embargo, la grandeza de Demócrito corre parejas con la de Parménides. Por primera vez ensayó una explicación coherente y unitaria del mundo dado, del conocimiento y de lo absoluto. Su interpretación de la realidad última está condicionada con rigor por la necesidad de deducir de ella el mundo de la experiencia cercana. Y lo que sin duda se pierde por el lado de la perfecta racionalidad de lo en sí, se gana por el otro costado de la coordinación del fenómeno a la entraña ontológica de la realidad. A partir de este instante parece formalizarse un duelo entre la razón y la realidad.

El registro de los episodios de esta vasta contraposición, la dilucidación de su sentido, revisten notable interés, y sería una equivocación creer que este interés es únicamente histórico. Ofrece también y acaso principalmente un interés teórico actual, y acaso hasta metódico. La historia de la filosofía, la de la metafísica so-

bre todo, importan como la serie memorable de los esfuerzos en-
derezados a la comprensión de la intimidad escondida de las cosas.
Pero la historia de la metafísica reviste además otra significación
más precisa. Es uno de los pocos caminos para una comprensión
cabal de la razón, de sus *desiderata*, de las correcciones que sucesi-
vamente le son impuestas, de sus posibilidades, de su estructura,
de sus limitaciones. Tras los atisbos escépticos, Kant da por pri-
mera vez una grande y profunda teoría de la razón. Pero esta teo-
ría, más bien que el propósito de interpretar libremente los datos
del problema, acusa el designio de extraer todas las consecuencias
de unos cuantos principios sentados de antemano, y presenta más de
un segmento débil y otros resueltamente inaceptables. Más de una
vez surgen en la *Crítica de la Razón pura* implicaciones realistas
que el autor, prisionero de sus propios supuestos, no ha podido o
no ha querido ver. Una teoría que abarque la razón con ánimo más
desprevenido que la Kantiana no podrá ir disponiendo sus mate-
riales sino mediante un examen cuidadoso del trabajo racional, exa-
men en el cual deberán tomarse en cuenta la lógica y la matemá-
tica, pero ante todo la historia de las metafísicas racionalistas, pro-
bablemente el terreno por donde la razón se ha ejercitado en ma-
nera más libre y más varia, descubriendo sus fines y recursos. En
nuestra opinión, pues, la historia de la metafísica asume directa-
mente un papel metódico para el estudio de la razón. Pero no es
esto todo. Este uso metódico se extiende después a la misma onto-
logía, porque sólo mediante las claridades que sobre la índole y
funcionamiento de la razón se obtengan, será posible una ontolo-
gía más estable que las habituales, las cuales solían ceñirse más a
los requerimientos y leyes internas de la razón que a otra cosa.

